

# El nombre de Umberto Eco

Edgar Esquivel

*Umberto Eco hizo de la erudición un acto generoso, del rigor un suceso placentero y del descubrimiento un gozo. El humanista italiano falleció el pasado viernes 19 de febrero, y dejó tras de sí una obra desafiante e inquieta, curiosa a las numerosas manifestaciones del saber, la cultura y los caminos del libro. Difícil negar que sus títulos permanecerán en la memoria de sus lectores.*

I

La comedia humana agrupa en torno a sí el brillo, el absurdo y el despropósito, y ante ello es la cultura, los conocimientos acumulados, lo dubitable, la ansiedad por descubrir e inventar, la necesidad de explicarnos, de situarnos en tiempo y espacio, lo que lleva a construir y reconstruir ideas y hábitats; después de todo, refirió el célebre humanista italiano Umberto Eco, “la cultura es una crisis continua. La cultura no está en crisis, es una crisis continua. La crisis es condición necesaria para su desarrollo”, pero, claro, a diferencia de lo que ocurría en el ochocientos hoy “la cultura es más libre”, pues ningún escritor iniciaría un texto con una loa al señor, o a un rey. No hay elogios de reverencia, sino de referencia y perspectiva del mundo.

Con certeza el nombre de Umberto Eco (Alessandria, Piamonte, 1932-Milán, Lombardía, 2016) seguirá como una constante en las batallas del pensamiento que se avecinan con tremendo impulso a partir de lo que parece un nuevo episodio en la confrontación de utopías, algo que es inherente a la historia universal. ¿Hay algo nuevo bajo el sol? No es que las posturas contrapuestas acerca de lo que buscan las distintas sociedades —en los

ámbitos del poder, el saber, del creer— sean una contradicción sin antecedentes; al contrario, sino que la asunción plena de aquellos elementos que surgen de las innovaciones trastocan cada vez más la vida diaria, donde la inmediatez, el fulgor adictivo de lo efímero, abona poco o nada a la solidez de los valores humanos que han definido las grandes civilizaciones. ¿Por dónde empezar la reinención de lo que llamamos todavía *humanismo*? Cierta ocasión, hace unos años, de acuerdo a una crónica del diario *El País*, Umberto Eco estaba de paso en Burgos, donde aprovechó para ensalzar ese objeto que le apasionó siempre, el libro, advirtiendo que en aquel lugar “se encuentran ejemplares con más de mil años de antigüedad, y sin embargo nadie es capaz de decirnos cuánto nos va a durar un USB...”. El culto al libro, *el* instrumento de sabiduría y felicidad, un fin en sí mismo —a diferencia de Internet, por ejemplo—, es un hecho protagónico en cada etapa de la historia, fuente perpetua de descubrimientos y emociones y, aun más, es el trayecto donde “el placer de conocer no tiene nada de aristocrático, es un campesino que descubre un nuevo modo de hacer un injerto; evidentemente, hay campesinos a los que esos pequeños descubrimientos procuran placer y a otros no”. Son realidades opuestas, que

conviven y se retan una a otra, y ante ello Eco supo, mediante su interminable afán por aprender y reflexionar, dilucidar sobre la naturaleza del saber y de lo bello a partir de dos absolutos que conviven; la verdad y la mentira son percepciones que a la luz del conocimiento revolucionan las tendencias de las sociedades, sus predisposiciones emotivas y sus mecanismos de convivencia, quizá por ello “el libro como objeto continuará existiendo, de la misma manera que la bicicleta sigue existiendo pese a la invención del automóvil; es más, hoy hay más bicicletas que hace unos años”. El humanismo no es un logro estático, sino una marcha que sublima el trato de cada persona con otras, facilita el reconocimiento y la aceptación de límites esenciales —la libertad exige tolerancia; la igualdad, justicia; la fraternidad, respeto—, e incentiva la introspección consuetudinaria si hay contacto habitual con manifestaciones artísticas. El libro es el soporte y garante de las sociedades que no cesan en sus inquietudes y conflictos. Abjura Eco: “Internet es como la vida, donde te encuentras personas inteligentísimas y cretinas. En Internet está todo el saber, pero también todo su contrario, y esta es la tragedia”.

Todo lenguaje es un conjunto de símbolos que resguardan los saberes que a lo largo de la historia heredamos, decodificamos o interpretamos —traducimos—; se resguardan y transmiten, y aunque cada lenguaje es en esencia una forma de comunicar, permite generar además una serie de expresiones que al pasar el tiempo permanecen como obras trascendentes por su representatividad y aportes —los hitos se alimentan de nostalgia y atribuciones, pero también de cismas—, de lo cual se desprenden precedentes con elevado significado sin importar el momento o la región del mundo donde arrai-

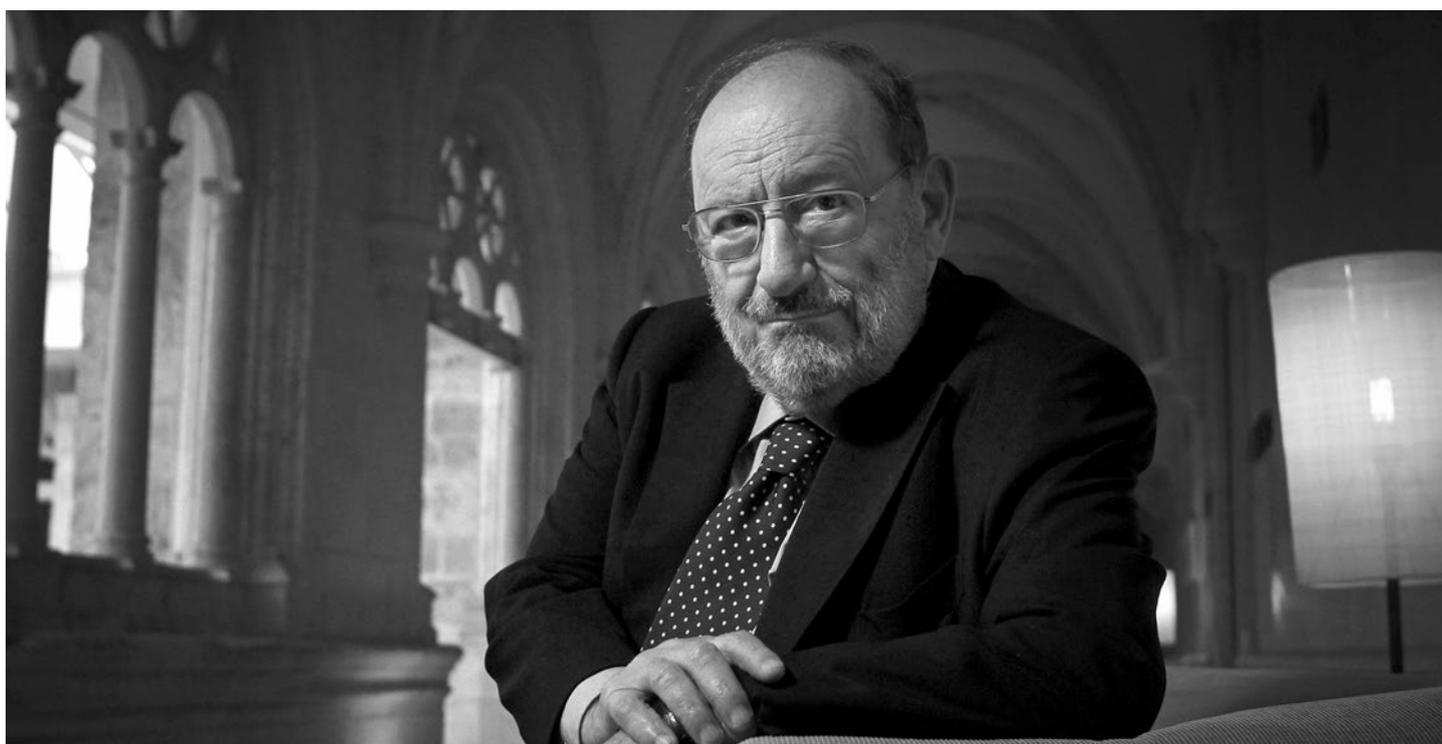
gan, y que sin duda retratan la terca y compleja condición humana.

El saber, por tanto, es un instrumento, pero en sus momentos estelares ha sido, es, y será una forma de vida, un propósito en sí mismo. Nuestro tiempo aspira a ello como nunca antes, pues a través del dominio de la técnica —aplicación de un conjunto de ciencias y artes— se ejerce y extiende un poder vasto donde la obtención de riquezas para quienes detentan la generación de conocimientos de avanzada parece interminable, pero ello no es, por otro lado, una garantía de que los pactos sociales —el arte de la obediencia— no presenten alteraciones recurrentes, pues el acceso a mejores condiciones de vida, en plena era del conocimiento, se aprecia cada vez más complicado.

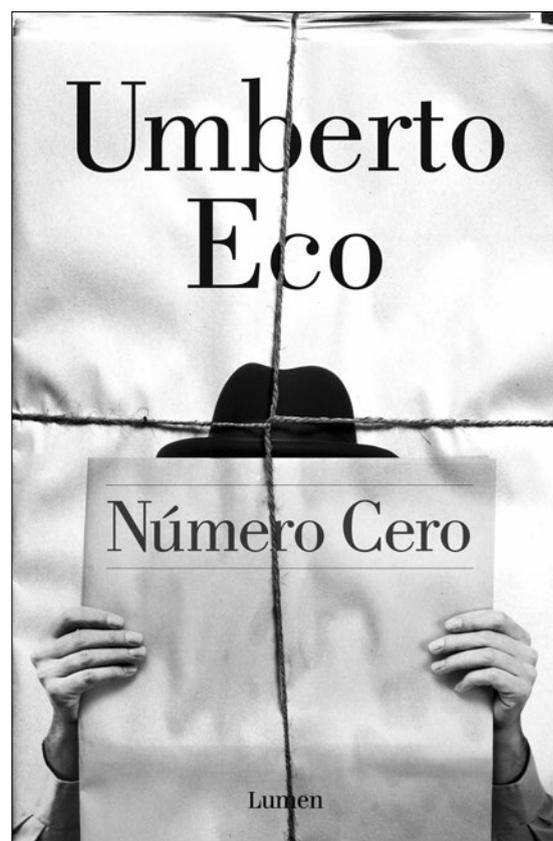
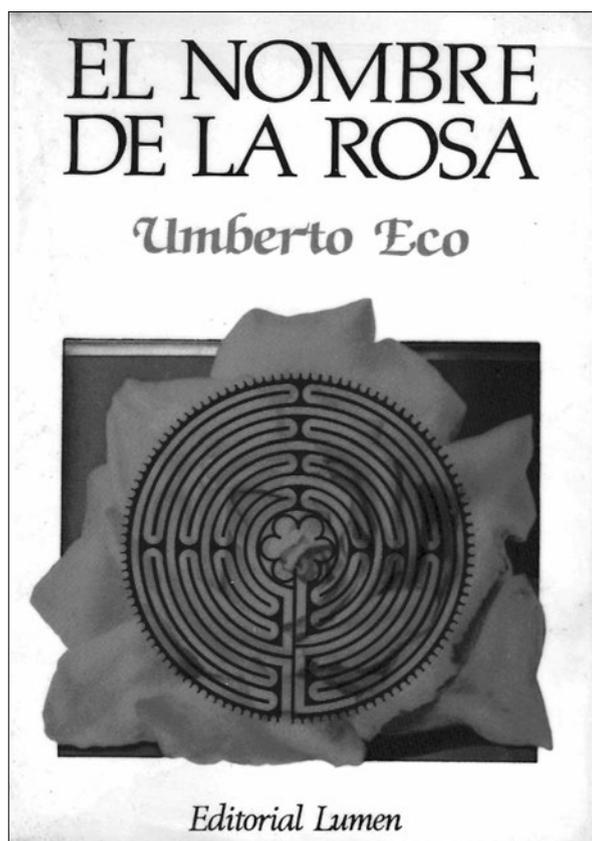
## II

Umberto Eco fue un bibliómano y erudito que cabalgó entre siglos, naciones y lectores con la mirada puesta en lo que nos trasciende y determina —el conocimiento, la formas de conocer y transmitir, de comprender—, que si bien nunca pasaba por alto temas fundamentales que aluden a cualquier sociedad, donde los libros y el lenguaje son arquetipos que marcan derroteros, menos aún desdeñó o subestimó todas aquellas acciones y conductas —la inventiva, el riesgo— que redimían la imaginación y validaban la cultura en su sentido más amplio.

En lo que fue su última novela, *Número cero*, trama donde la política y el periodismo son comparsas en la concepción de falsos destinos y realidades de probeta, el autor piamontés pone en boca del protagonista —po-



Umberto Eco



seedor de una “cultura monstruosa” — una aguda percepción: “los perdedores, como los autodidactas, siempre tienen conocimientos más vastos que los ganadores. Si quieres ganar tienes que saber una cosa sola y no perder tiempo en sabértelas todas; el placer de la erudición está reservado a los perdedores”. El tiempo perdido es ocio, pozo de vicios, pero mana ante todo reflexión y contemplación. Cada trozo de la Historia es un amasijo de intrigas y voluntades, de aciertos y errores, de luces y sombras, de fortuna y fatalidad, pero no por ello puede reducirse todo a un maniqueísmo ramplón; por un lado, “las sospechas nunca son exageradas. Sospechar, sospechar, sólo de ese modo se encuentra la verdad. ¿No es esto lo que dice la ciencia que hay que hacer?”; por otro, tenemos que “para entender qué hacer hay que combinar todos los datos. Un dato, por sí solo, no dice nada; todos juntos te hacen comprender... hay que desentrañar lo que intentan esconderte”.

El mundo tal cual es —con sus oportunidades y paradojas— nunca resulta suficiente para dejar de maravillarse por lo que falta por conocer, aprender y discernir, excepto cuando las opciones se minimizan y un gran número de personas ignora cómo diferenciar —apreciar— hechos y opiniones. La uniformidad y la cerrazón, la negación inflexible a informarse o saber según el impulso de la intuición, diezman cualquier empresa humana. No pocas veces el costo de poder leer, enterarse o averiguar sin condiciones ha sido la vida misma. Por ello la gran metáfora de *El nombre de la rosa*, libro icónico de Eco, tuvo reconocimiento inmediato. Hay sím-

bolos —arcanos— que parecen inmunes a los efectos del tiempo, y a las múltiples interpretaciones —si hay interpretación hay irresolución, ausencia de lo definitivo—. Ante ello el autor italiano fue un visionario irredento: “es duro para este viejo monje, ya en el umbral de la muerte, no saber si la letra que ha escrito contiene o no algún sentido oculto, ni si contiene más de uno, o muchos, o ninguno. / Pero quizás esta incapacidad para ver sea producto de la sombra que la gran tiniebla que se aproxima proyecta sobre este mundo ya viejo”.

Cada etapa del desarrollo de la historia ha tenido una serie de valores y hábitos, de creencias y visiones que enmarcan burdamente, no obstante progresos evidentes e incuestionables, el aún escaso entendimiento por parte de los hombres de su entorno. Los momentos oscuros son inevitables, e incluso conviven —desde la Edad Media hasta la *Edad del Cómic*— con las alegorías más acabadas de lo que se presenta como el éxito de lo racional, de tal modo que del futuro se pregonan sólo sus bondades para poder creerlo —ya se asoma la cuarta Revolución Industrial como hecho exclusivo de Occidente—. El legado de Eco es aleccionador por donde se quiera, e incisivamente cuando advierte de las consecuencias no de un avance, sino de una regresión —“las únicas verdades que sirven son instrumentos que luego hay que tirar”—. La negación de la razón, o peor aún, impedir la posibilidad de acceder al conocimiento, mediante cualquiera de sus formas —la lectura, el disenso, la crítica, la risa—, es un atentado en contra no de las certezas, sino de lo falible, del error. Conocer implica riesgos,

pero indiscutiblemente las ideas son una de las mayores aventuras de la humanidad, por tanto la cosmovisión de cada grupo social rinde culto al misterio de la creación —“¿Dónde está mi ciencia? He sido un testarudo, he perseguido un simulacro de orden, cuando debía saber muy bien que no existe orden en el universo”—, es decir, la fantasía, la ensoñación y la recreación son formas alternas de razón.

### III

“Pero yo no me fío de los autores, que a menudo mienten. Me fío sólo de los textos”. La trasgresión entre distintos géneros artísticos incentiva la aparición de nuevos símbolos; esto constituye una forma de generar distintas lecturas e interpretaciones fascinantes de la realidad o de los anhelos; pero, de manera paralela, los creadores se mimetizan con su creación. Eco alude, en *Entre mentira e ironía*, a los dibujantes, como Hugo Pratt y su Corto Maltés, quienes al trazar sus personajes y mundos ideales “se están buscando y al buscarse persiguen sueños errabundos”. Así como necesitamos la cognición y el misterio, nos conforta la ilusión; esa ausencia de verdad definitiva, invariable y monótona, es un aliciente.

Así se vuelve errabundo un texto. Y en esta bruma que afecta al espacio y al tiempo nacen los mitos, y los personajes emigran hacia otros textos, se instalan como nativos en nuestra memoria, como si hubieran existido desde siempre en la memoria de nuestros padres, jóvenes como Matusalén y milenarios como Peter Pan, de suerte que a menudo nos los encontramos hasta donde no son narrados, e incluso —al menos tanto les es dado a los niños— en la vida.

La invención no es exclusividad de las mentiras; un puñado de verdades bastan para fabular y narrar hechos con los cuales podemos conformar algo creativo que no necesariamente resulta otra verdad, sino una fusión del temor y fervor que hay por el hecho de conocer. Si mentimos no es únicamente porque no podamos aprehender lo que creemos que es la verdad, sino porque nos rebelamos ante la intolerancia que yace en ella. La mentira y la verdad conviven en la naturaleza de los hombres, y es excitante el desafío que una y otra representan, ya que su inminente enfrentamiento es en ocasiones un modo de vida. En *Confesiones de un joven novelista*, Eco confiesa que alguna vez escribió, “con un toque de arrogancia platónica”, “que veía a los poetas, a los artistas en general, como prisioneros de sus propias mentiras, imitadores de imitaciones”. La creación es más compleja que una imitación o una interpretación,

aunque no prescinde de ellas. Del mismo modo que el hecho de escribir es algo más que redactar continuamente “de izquierda a derecha”. Condensa trabajo, ideas, intuición, afinidades, influencias, aunque lo realmente importante para crear “es empezar”. Son los *hechos*, opiniones, las minucias de la vida diaria, esto es, símbolos de lo cotidiano y de la reinención del pasado o el futuro, los elementos que, mediante intelecto y ficción, delatan horrores y vilezas, pero al hacerlo iluminan otros caminos, desconocidos e insospechados, que procuran sosiego y alteridad. De las terribles contradicciones del mundo surge un poderoso consuelo que es la mezcla de ingenio e ilusión; no es casual que de la fascinación por envenenar a un monje mientras lee nació una obra esencial en la narrativa de Eco que le ha garantizado la inmortalidad.

¿Quién puede asegurar que no existen generaciones que ante el desencanto heredado por siglos han optado por exigir un final irreversible de la Historia? Son los que desean que todo culmine, saber la verdad, sea cual sea, a costa de lo que sea y de una vez por todas, sin dar oportunidad a volver a narrar lo que ha tenido lugar hasta ahora, o intentarlo todo de nuevo, de fallar una vez más, es decir, son los encantadores de serpientes que terminarían por coartar opciones y elecciones de vida. Son los opositores de sagas y de las traducciones, de decir casi lo mismo en otras palabras.

“Estamos rodeados de poderes inmateriales”, advirtió Eco en *Sobre la literatura*, no sólo de las doctrinas o las leyes de la física y las matemáticas, sino incluso de la tradición literaria, “ese conjunto de textos que la humanidad ha producido no con finalidades prácticas... sino más bien por amor de sí mismos”. La lectura, los libros, todo lo que sucede alrededor de la escritura, de la inteligencia y la sensibilidad, de la cultura, incide en la vitalidad del lenguaje y la dinámica de la comunicación, pero también en la composición de un patrimonio común, de identidades y comunidades. “A los excluidos del universo del libro no llegan los reflejos de un mundo de valores”.

No hay mundos que permanezcan cerrados, pues lo que no se conoce queda expuesto siempre a la deducción —lúdica o solemne—, a que alguien decida escribir o recrear, a hacer un libro y contar una verdad a modo, al capricho de la razón, al invento de símbolos, a la infinita interrogante ¿por qué?, al péndulo que es la existencia. “¿Cómo se puede pasar una vida buscando la Ocasión, sin darse cuenta de que el momento decisivo, que justifica el nacimiento y la muerte, ya ha pasado?”. Umberto Eco hizo de la erudición un acto generoso, del rigor un suceso placentero y del descubrimiento un gozo. Su nombre es *el libro* total, inagotable, lúcido, evocador. Su obra carece de un solo adjetivo, de un título único, pero es ya sin duda un símbolo inmarcesible que a él mismo le hubiera parecido digno de desentrañar. **U**